

admirables de humildad en la exaltacion: de paciencia en las adversidades: de castidad en las tentaciones de la carne: de misericordia con los infelices: de beneficencia con los necesitados: de generosidad en perdonar las injurias: de gratitud por los beneficios: de obediencia á los padres y superiores: de amor á todos los prójimos, aunque sean los enemigos mas fieros y mas rabiosos: y en fin, de un culto puro y santo, y de un amor reverente y filial para con Dios, que es infinitamente amable en sí mismo, por ser infinitamente bondadoso; y que es infinitamente amable para con nosotros, pues de él hemos recibido la existencia, quanto somos, y quanto tenemos. Pero ¿para qué me canso en discurrir, si los mismos filósofos incrédulos, enemigos encarnizados del cristianismo, se ven obligados á confesar la santidad de esta doctrina? He aquí las palabras de Rousseau, el mas autorizado entre ellos. "Os confieso que la magestad de las escrituras me pasma: la santidad del evangelio habla á mi corazón. Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los hallaréis pequeños comparados con este." La misma san-

idad de la doctrina evangélica, es otra prueba incontestable de la santidad, de la divinidad de su autor, y de la virtud de su religion. Para omitir discursos, te referiré las otras palabras del citado filósofo de Ginebra, que prueban bastantemente mi asunto por su mucha solidez, y por haber salido de la boca de un contrario tan declarado del cristianismo. Dice pues á continuacion.

"¿Es posible que un libro tan sublime en todo, y tan claro, sea obra de los hombres? (habla del evangelio) ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia, sea un puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¡Qué suavidad! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan escitante en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué magestad de espíritu! ¡qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¡qué dominio sobre sus pasiones! ¿Donde está el hombre; donde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crí-

men, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguera no es menester para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona: y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice, que inventó la moral; otros la habían practicado mucho antes: no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni mas que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates dijese qué era justicia. Leonidas había muerto por su país, antes que Sócrates hubiese hecho el amor de la patria una obligación. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad; y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la Grecia: pero Jesus ¿donde había tomado entre los suyos esta moral pura y sublime, de la

que él solo fué el Maestro y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sabiduría; y la nobleza de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, fué la mas dulce que pudo desearse; la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta; Jesus en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos crueles. Á la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio; la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¡Dirémos que la historia del evangelio es inventada por el gusto? Á fe que no es esta obra de la invencion; y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos testificados que los de Jesucristo, y decir lo contrario, es huir la dificultad sin destruirla. Es mucho mas difícil entender que muchos hombres de acuerdo hubiesen formado este libro, que el que uno solo hubiera dado la materia para su composicion. Nunca los

autores judíos hubieran encontrado este estilo ni esta moral, y el evangelio tiene unos caracteres tan grandes de la verdad, tan en el todo inimitables, y tan admirables, que el inventor de él sería mas digno de admiracion que su héroe."

Ve aquí como hasta este incrédulo obstinado cuando reflexiona desapasionada y seriamente sobre la magestad, sublimidad y santidad del evangelio, no quiere que se tenga por obra de los hombres. Y cuando fija los ojos sobre la suavidad y pureza de las costumbres de Jesucristo, la elevacion en sus máximas, la profunda sabiduría en sus discursos, la magestad de su espíritu, y la justicia en sus respuestas, da bien claro á entender, que este conjunto de prendas tan recomendables constituye á Jesus mas que puro hombre; y atendiendo á las circunstancias de su vida y de su muerte, confiesa terminantemente que son de un Dios.

Quisiera yo que los filósofos incrédulos discípulos de Juan Jacobo Rousseau, que lo veneran como á un oráculo, y que tanto se jactan de ser defensores de la razon, advirtieran atentamente lo que dice su maes-

tro en este pasage, y las razones que alega para decirlo: razones que por su peso cayeron de su pluma en el papel, y que arrancó de su boca la fuerza de la verdad; pero no quisiera yo que lo imitaran en sus inconsecuencias, pues cuando advierte la incomprendibilidad de los misterios del evangelio, ya no admite este libro como divino, y ya no reconoce por Dios á Jesucristo.

Finalmente, es mas difícil conquistar los corazones para formar una monarquía espiritual sobre las ruinas de los vicios y de las pasiones, que tanto dominan el espíritu de los hombres, que conquistar un reino temporal. Y si para la conquista de éste se levantan tantos ejércitos, y se hacen tantos preparativos de armas y de municiones, véamos cuales fueron los ejércitos, y cuales las armas con que se fundó el imperio espiritual de Jesucristo en todo el universo.

Ya te he dicho lo que es constante, que fueron doce pobres peccadores del lago de Tiberiada. Conque solamente me resta hablarte de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las vir-

tudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad, porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

#### CONVERSACION QUINTA.

*Vic.* Esta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las

mas crueles, escitadas con edictos sangui-  
narios por los emperadores romanos Neron,  
Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aure-  
lio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Va-  
leriano, Aureliano y Dioclesiano. Los go-  
bernadores de las provincias añadian cruel-  
dades esquisitas al rigor de las leyes im-  
periales. En toda la vasta estension del im-  
perio, un populacho supersticioso y feroz  
pedia á gritos la sangre de los cristianos,  
y sus tormentos entraban en parte de los  
espectáculos y juegos públicos. Aun convi-  
niendo en que se haya exagerado el nú-  
mero de los mártires en algunas historias  
particulares, limitémonos á los documentos  
originales, á los escritos de los contempo-  
ráneos, como son Tertuliano, S. Cipriano,  
Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las  
Actas auténticas que han llegado hasta no-  
sotros, y hallarémos, que en los tres pri-  
meros siglos de la iglesia dieron su sangre  
por Jesucristo en todo el orbe once millo-  
nes de mártires, y los que sufrieron la  
muerte en sola Roma se computan en tres  
millones: de suerte que si se distribuye es-  
te número asombroso, corresponden á cada  
dia de los trescientos años mas de treinta